



C. S.

BARCELONA- A Borges le gustaban los libros y los gatos. Bautizó a sus felinos Odin y Beppo, éste último en homenaje al gato de Lord Byron. A los poetas les encantan estos polimorfos Garfields, de «Oda al gato» de Pablo Neruda a «Ven, bello gato, a mi amoroso pecho», de Baudelaire. Por supuesto, está el lado misterioso y metafísico del animal, como «El gato negro» de Poe o algo más doméstico y desenfadado de «El gato que caminaba solo», de Kipling. En «Soy un gato», Natsume Soseki se ponía en la piel de uno de estos mininos y de H. G. Wells a Victor Hugo, Mark Twain o Alejandro Dumas, todos tuvieron

Paloma Díaz-Mas se pone en la piel del mejor amigo de los escritores, el gato

pequeñas historias de amor con estos animales. Como diría el gato con botas con la voz de Antonio Banderas, «¡en guardia, bribones!»

La última en narrar su historia de amor con estas escurridizas e hipnóticas mascotas es la escritora Paloma Díaz-Mas, que acaba de publicar «Lo que aprendemos de los gatos», (Anagrama). Como su nombre

indica, la narración nos pone a uno de estos felinos frente al espejo y nos invita a aprender la esencia de la vida a través de las experiencias de estos seres de cuatro patas.

EN EL CANON
La novela se encuadra en la larga tradición de autores con felinos

Por supuesto, los amantes de los perros también disfrutarán de la lectura del libro, y los enamorados de los gorilas también, incluso los que odian a los animales, porque el libro es como un

hechizo que hace del gato una especie de gurú que abre la percepción hacia lo que el ojo, por costumbre, no ve. «El gato fue quien domesticó al hombre. Fueron ellos quienes decidieron convivir con nosotros y por eso son animales cuidadosos en extremo con su propia independencia», asegura Díaz-Mas.

La escritora utiliza sus propias experiencias con los gatos y los mezcla con historias de ficción para crear una especie de fábula en el que se comparten experien-

cias, creando un tono de balada por la vida de estas bestias.

Para Díaz-Mas, hombres y gatos conviven bajo un pacto supeditado a «una grave enfermedad llamada razón», por la que unos viven obsesionados por la muerte, y los otros pululan «desatormetados», con ese aire indiferente que es sabiduría o no es nada.